



Manuel Galeote y Miguel Figueroa-Saavedra (2022). *Fray Alonso de Molina, Aquí comienza un vocabulario en la lengua castellana y mexicana (México, 1555)*. Editorial Verbum. 602 pp. ISBN: 978-84-133-7827-5.

Rafael NEVADO GÓMEZ
Universidad Complutense de Madrid
DOI: XXX-XXXX-XXXXX-XXXXXX

Tenemos la fortuna de que los profesores Manuel Galeote (Universidad de Málaga, España) y Miguel Figueroa-Saavedra (Universidad Veracruzana, Xalapa, México) reeditaran en 2022 en la Editorial Verbum el primer diccionario español-náhuatl que fray Alonso de Molina (1510-1579) publicó en 1555, año del Primer Concilio Provincial Mexicano en el que se estableció que, en aras de facilitar la evangelización cristiana en el Nuevo Mundo, esta se realizaría en lengua indígena. Cuando los españoles arribaron al continente americano se encontraron con una gran diversidad de lenguas nativas, entre las que destacaba el náhuatl o mexicano, lengua amerindia de la familia uto-azteca, hablada principalmente en el territorio que corresponde al actual México. Hoy en día, el náhuatl es la lengua autóctona de México con mayor número de hablantes. La obra que la retrata léxicamente fue impresa por Juan Pablos el 4 de mayo de 1555 en el establecimiento tipográfico que en 1539 el sevillano Juan Cromberger instaló en Ciudad de México, e ilustra el comienzo de la aventura del español en América.

El volumen que aquí reseñamos se encuentra dedicado *in memoriam* al profesor Miguel León-Portilla, y nadie mejor que su esposa, la profesora Ascensión Hernández de León-Portilla —ambos consagrados expertos en la lengua náhuatl— para escribir el prólogo (pp. 9-16), en el que asegura que el franciscano extremeño Alonso de Molina, primer sacerdote ordenado en la Nueva España, llegó a América en 1521 a la edad de 11 años, y aprendió el náhuatl jugando en la calle, como si de su segunda lengua materna se tratara. Fray Alonso hizo las veces de intérprete de dicha lengua para la Orden de San Francisco y uno de sus más destacados logros reside en que publicó en América más libros que ningún otro misionero a lo largo del siglo XVI. Su *Vocabulario*, que aúna 13.810 vocablos —más 448 numerales incluidos en sus últimas páginas— representa la primera vez que una lengua no indoeuropea ni semítica se plasmara en un diccionario, siguiendo el modelo de Antonio de Nebrija, por lo que Manuel Galeote considera la obra de Molina “el Nebrija indiano”. Este diccionario quedó en un segundo plano, pues no se volvió a reimprimir, ya que, en 1571 Alonso de Molina lo amplió con más de 4.000 vocablos y añadió una segunda parte mexicano-castellana, es decir, lo hizo bidireccional.

Como indica en el prólogo Ascensión Hernández, en conmemoración del V Centenario del fallecimiento de Nebrija (1522-2022), se publica esta obra en la que los profesores Manuel Galeote y Miguel Figueroa-Saavedra trasladan el primer *Vocabulario* de Molina a tipos modernos para facilitar su lectura. No alteran en su proceder el orden de la macroestructura ni se reordenan las palabras para alfabetizar correctamente algunos errores; se respeta asimismo la grafía de la época, así como la acentuación gráfica. Se propone por ello una edición fiel y respetuosa con el original. La profesora Ascensión Hernández concluye el prólogo observando que el diccionario de Molina, aparecido en 1555, representa el punto de partida de la lingüística misionera, conjugando la mística de la fe con el humanismo del Renacimiento. A dicho prólogo le siguen cinco estudios preliminares que se extienden entre la página 19 y la 126, escritos por los editores de esta obra, que a continuación pasamos a comentar.

El primero de ellos, “I. Estudio introductorio de la sección castellana” abarca hasta la página 40 y lo firma el coordinador de la edición, Manuel Galeote. El profesor Galeote relata cómo en los primeros años noventa del siglo pasado, mientras se encontraba con su “Grupo de Investigaciones histórico-lingüísticas y dialectales”, de la Universidad de Granada, estudiando la obra de Antonio de Nebrija se toparon con el diccionario de fray Alonso de Molina, autor prácticamente desconocido por aquel entonces entre los estudiosos europeos de la historia del español. Para el posterior análisis de esa obra lexicográfica fue trascendental la incorporación del nahuatlato Miguel Figueroa-Saavedra, profesor de la Universidad Veracruzana, conformando en la actualidad el único equipo especialista en ambas lenguas. El profesor Manuel Galeote destaca que una de las grandes virtudes de la obra de fray Alonso de Molina reside en que trasciende lo puramente lingüístico, pues las palabras y definiciones recogidas en el diccionario realmente reflejan la cultura y los sentimientos de los indios que la hablaban, rescatando de este modo mucho más que el estado de una lengua en el México colonial. Por otro lado, también sirvió como base a otras obras lexicográficas de idiomas geográficamente cercanos, así como de modelo para la lingüística misionera asiática o filipina (García-Medall, 2004).

El segundo estudio se extiende hasta la página 75. Bajo el título “II. Estudio de la sección náhuatl” corre a cargo del profesor Miguel Figueroa-Saavedra, para el que la obra de fray Alonso representa la primera fase del método de adquisición del lenguaje misional: la identificación de la fonética y la morfología del idioma náhuatl —método descrito por Ascensión Hernández (2021) y que se compone de otras dos fases en las que se identifican la oración y el discurso—. El profesor Miguel Figueroa-Saavedra destaca que fray Alonso confeccionó la obra a partir de las notas que se habían recogido en libretas entre los años 1530 y 1540, y que, para ello, el franciscano contó con un auténtico taller lexicográfico, conformado, entre otros, por sus compañeros de orden fray Andrés de Olmos y fray Bernardino de Sahagún, así como por los indios latinos Martín Jacobita y Hernando de Ribas, aparte del bachiller Miguel.

Por otro lado, Miguel Figueroa-Saavedra nos describe tres problemas con los que se encontró fray Alonso a la hora de sistematizar dos lenguas tan dispares, y algunas de las soluciones que empleó. El primer inconveniente fue la lematización, es decir, encontrar el lema que representase a todas las formas flexionadas de una palabra. Por ejemplo, fray Alonso tuvo que identificar los verbos con la primera persona del singular del presente de indicativo, como se hace en griego o en latín, al no encontrar un equivalente morfológico al infinitivo en náhuatl. La segunda dificultad radicaba en que el náhuatl no era una lengua escrita, por lo que había que sistematizar las letras que representarían los sonidos, algunos de ellos no existentes en español, para lo que Alonso resolvió componer dígrafos con las letras ya existentes en el alfabeto latino. La tercera dificultad es de naturaleza interpretativa, pues en numerosas ocasiones, lo que se expresa en una lengua con una palabra, no necesariamente se puede exponer en otra lengua con solo otra palabra, por lo que el autor tuvo que recurrir a “largos circunloquios o rodeos” o a la invención de neologismos.

El tercer estudio que acompaña a esta nueva edición del incunable americano, y que se extiende hasta la página 87, es una bibliografía en la que se referencian todos los estudios que los editores del volumen han utilizado en el análisis de la presente obra y que firma el profesor Manuel Galeote.

En el cuarto estudio, bajo el título “IV. Criterios de edición de la sección castellana”, el profesor Manuel Galeote matiza que la puntuación del original solo se ha modernizado cuando lo requería la cabal comprensión, a la par que enumera algunas convenciones gráficas utilizadas —por ejemplo, el uso de corchetes [] para indicar el desarrollo de las abreviaturas— y explica algunas grafías que al no haberlas modernizado podrían suscitar confusiones. De las diez páginas que ocupa este epígrafe, siete de ellas se encuentran destinadas a enumerar —por orden de aparición en el *Vocabulario*— las erratas evidentes que se han corregido, y que a lo largo de todo el volumen se han señalado entre paréntesis angulares < >. Ofrecemos aquí solo las dos primeras de la larga lista para hacernos una idea de su naturaleza, así como del modo en el que se muestran, además de ofrecer su localización:

qne: q<u>e, f. llr.

ques: que <e>s, f. llv.

En el quinto y último estudio con el que se cierra el análisis crítico —que nos lleva hasta la página 126— “V. Criterios de edición de la sección náhuatl”, Figueroa-Saavedra manifiesta que se ha realizado una transcripción paleográfica del texto impreso, pero corrigiendo errores tipográficos, actualizando la puntuación y revisando la separación de las palabras y las acepciones. Este último prolegómeno se divide en dos partes. En la primera, el profesor nos explica las normas gráficas que se han utilizado, y en la segunda, al igual que en el estudio anterior, su autor nos enumera a lo largo de 21 páginas las erratas que ha encontrado.

En la página 127 comienza el *Vocabulario* de fray Alonso de Molina, encabezado por un prólogo de siete páginas que incluye 13 avisos “... para que mejor se entienda lo que en este vocabulario se pone...”. El grueso del diccionario se prolonga hasta la página 577 y su autor lo cierra con un “finis. / soli deo honor et gloria”. Aunque, para su honor y gloria aquí no termina el *Vocabulario*, pues entre las páginas 578 y 582 “Sigue[n]se algunos vocablos que despues de la ympression d<e> este vocabulario se me ha[n] ofrecido; los quales va[n] ordenados por la orden del abece”. Como colofón a su obra, fray Alonso —bajo el título “Cuenta segun la lengua mexicana”— desgrana hasta la página 601 el sistema numeral de base 20 que utiliza el náhuatl, así como el uso de los clasificadores numerales de esta peculiar lengua. Nuestro autor reserva la última página para dedicar su obra a “Nuestro Señor Iesu Xp[ist]o”.

Para concluir esta reseña, nos gustaría destacar la pericia crítica y filológica con la que los profesores Galeote y Figueroa-Saavedra han transcrito y comentado el *Vocabulario* de Alonso de Molina, diccionario, que como hemos visto, fue pionero en su campo y representó la continuidad de la obra de Nebrija en el continente americano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- García-Medall, J. (2004). Notas de lexicografía hispano-filipina: El Bocabulario de lengua bisaya, hiligueyna y haraya de la isla de Panay y Sugbu y para las demas islas, de fray Alonso de Mentrída, OSA (ca. 1637). En O. Zwartjes y E. Hovdhaugen (Eds.), *Missionary Linguistics / Lingüística misionera: Selected papers from “The First International Conference on Missionary Linguistics”* (Oslo, 13-16 March 2003) (pp. 201-232). John Benjamins. <https://doi.org/10.1075/sihols.106.16gar>.
- Hernández Triviño, A. (2021). La lingüística misionera y las lenguas de México. En F. Arellanes y L. Guerrero (Eds.), *Estudios lingüísticos y filológicos en lenguas indígenas mexicanas. Celebración por los 30 años del Seminario de Lenguas Indígenas* (pp. 101-146). Universidad Nacional Autónoma de México.